

dencias teleológicas, que son impulsos y deseos propios de la espontaneidad animal, que son dinámicos y pueden ser no conscientes. Así, el deseo de conservación, o el instinto de succión en el niño recién nacido.

Estos estados y tendencias teleológicas están ligados al cuerpo. Aunque se suele hablar de 'las voces del cuerpo' en tanto que los diversos estados y sensaciones corporales manifiestan o pueden manifestar estados internos, conflictos personales, emociones, etc., en sentido estricto no son voces. Podemos interpretar sus tensiones, dolores y sensaciones corporales, y descubrir que son el altavoz del interior, de los afectos, el sensorio de la intimidad. Pero sólo en sentido metafórico puedo decir -como se suele decir, sin duda con acierto en este sentido, en el ámbito de la psicología-, que 'mi cuerpo me habla sobre mí'.

Las vivencias intencionales, por el contrario, son actos que implican la referencia consciente a una cosa exterior a la persona. Se dividen en actos cognoscitivos y respuestas. Los primeros incluyen la conciencia de un objeto, pero el sujeto no pone nada ante el objeto. Así, por ejemplo, la atracción física que se siente ante alguien concreto o el conocimiento de las características de un objeto que está ante nosotros. Las respuestas, por su parte, suponen siempre un conocimiento previo pero son un acto del sujeto, vivencias llenas de sujeto. Así, por ejemplo, la alegría de encontrarme con alguien que quiero. La alegría es una expansión de mi propio ser como respuesta a la presencia del otro o, del mismo modo, la gratitud es la respuesta de agradecimiento por lo bueno que se ha recibido de otro. Ambas vivencias exigen la presencia de alguien ante nosotros.

Existen tres tipos de respuestas:

Las teóricas, como sucede con la duda respecto de algo que conozco, la convicción de que algo que conozco es verdadero o la certeza respecto de una verdad; Las prácticas, que se refieren a los estados de cosas que no son pero que podrían llegar a ser como, por ejemplo, querer realizar una acción de justicia con alguien maltratado o reparar el daño hecho a una persona o querer estudiar algo para remediar mi ignorancia;

Las afectivas, que son voces del corazón que revelan la importancia del objeto. Así, la admiración es una respuesta afectiva ante la grandeza y trascendencia de una persona o una acción valiosa. Una modalidad especial de respuestas afectivas son 'el ser afectado', en las que la intención va del objeto al sujeto: el objeto afecta, se padece. Así, por ejemplo,

la reacción interior que sentimos cuando alguien nos insulta o nos difama. Incluimos también aquí los sentimientos espirituales.

El tipo de voces a las que nos referimos en este breve trabajo son voces sensu estricto, pero voces interiores, espirituales. Entran, por tanto, en el ámbito de los actos cognoscitivos, en cuanto que el sujeto no pone nada de sí mismo sino que recibe dicha locución. Incluso cuando sea una voz elaborada por uno mismo, el sujeto la recibe de sí mismo pasivamente.

En qué consiste la esencia de la locución

Conviene ahora analizar las diversas maneras en que se puede presentar la realidad ante la persona, para descubrir qué es lo propio de la locución, en cuanto realidad escuchada².

En general, podemos decir que inteligir algo es darse cuenta de que algo está presente, y algo como siendo de suyo lo que es, esto es, algo que no soy yo y que está en mí. La intelección es, por tanto, una captación, una aprehensión.

Toda aprehensión de una realidad que se me hace presente lo es de algo que constituye una impresión, esto es, algo que se hace presente de modo suscitante, en cuanto que afecta como siendo algo que se hace presente en la conciencia y que puede desencadenar una respuesta. Toda nota o realidad que se imprime en el interior afecta, la persona 'padece la impresión', es algo que recibe.

En segundo lugar, dicha impresión se recibe haciéndonos presente aquello que nos impresiona, como presentándonos algo que no somos nosotros en nosotros, como una nota de realidad que aparece en nosotros.

En tercer lugar, esta nota se nos impone, tiene fuerza de imposición³.

No se trata, en el ser humano, de un mero estímulo que se hace presente sino de una realidad que se hace presente, como siendo dicha nota algo por sí misma ante nosotros. Por ser impresión, dicha aprehensión es toma de conciencia de algo, es un sentir. Pero por ser aprehensión de una realidad, se trata de una intelección. No son dos momentos separados⁴.

2 Cfr. Zubiri, X.: *Inteligencia sentiente. Inteligencia y realidad*. Ed. Alianza, Madrid 1991, pp.31-39, 48-53, 99-113.

3 Cfr. *Ibid.*, pp. 32-33.

4 *Ibid.*, pp. 76-79.

Ahora bien, esta impresión de realidad está modalizada: se da en diversos modos, en diversos sentires. Y estos sentires vienen dados por los modos de recepción. Se dan así diversas maneras de hacerse presente la realidad. No dependen, como se puede pensar, de las diversas cualidades que captan los sentidos (entonces estaríamos hablando de mera captación sensible) sino de los modos en que se nos hacen presente. "La vista aprehende la cosa real como algo que está 'delante', digamos que está 'ante mí'. La cosa misma está ante mí según su propia configuración, según su eidos. No acontece esto con el oído. Ciertamente el sonido está tan inmediatamente aprehendido en el oído como pueda estarlo un color en la vista. Pero en el sonido, la cosa sonora no está incluida en la audición, sino que el sonido nos remite a ella. Esta 'remisión' es lo que según la significación etimológica del vocablo llamaré 'noticia'. Lo real del sonido es un modo de presentación propia: presentación notificante"⁵.

◆ "Con frecuencia, ciertos acontecimientos, ciertas cualidades, y ciertas voces se presentan como llamadas a determinada orientación de la acción, a cierta orientación de la vida, a desarrollar la propia persona por cierto camino. Esta experiencia, que es universal y no exclusiva de los creyentes, es la que tenemos las personas cuando 'sentimos' que algo nos llama, que determinada acción u opción son las adecuadas para nosotros..."

pueden ser corporales o afectivas -tales como imágenes, colores, sonidos, sensaciones de tristeza, melancolía, angustia, contento), así como de imágenes y huellas de la memoria. Si algo que se escuchó, sin más, reaparece como recuerdo acústico no es por sí misma una locución. Podría serlo si cobra una fuerza especial, como siendo algo impreso desde fuera, con un sentido especial, como altamente significativo. Entonces, con ocasión de un recuerdo, se daría una locución, pero no por su origen mnésico sino por su significatividad.

También habría que distinguir la locución del continuo fluir del diálogo interno de cada persona, del diálogo que cada uno tiene consigo mismo. En algún momento, éste puede ser ocasión para una locución, pero por sí mismo no lo es.

Respecto de la audición, hemos de distinguir la auscultación de la escucha exterior, ligadas al sentido del oído.

Aquí tenemos la clave de lo que es una locución: un modo de impresión de realidad que se presenta como remitiéndome a algo que me habla (que me llama, que me notifica algo, que me dice). Estamos tan sometidos a una cultura de lo visual, que pensamos que conocer algo es siempre una forma de 'visión', una intelección (en el sentido estricto de 'intuere', ver). Pero la realidad se presenta a la conciencia de muchas maneras, y una de ellas es como noticia.

Dado que el ser humano es exterioridad e interioridad, esta auscultación no tiene por qué ser sólo exterior. El modo de impresión puede ser tanto sensación externa como interna. Las locuciones a las que nos referimos son de sensación interna o reflexión. En todo caso, lo propio de la locución -bajo una perspectiva gnoseológica- es de ser una forma de presencia que nos remite a otra y que nos notifica algo. Es una forma en la que no se ve, no se intuye, sino que se ausculta⁶. Diferenciaremos así la escucha (exterior) de la auscultación (interior o espiritual).

En cuanto interiores, las locuciones han de ser diferenciadas del fluir de sensaciones interiores (que

Por último, tenemos que distinguir las locuciones interiores de otras vivencias interiores como son las imágenes, visiones imaginarias (todas ellas vinculadas a un 'ver' interno) así como los puros afectos, y de las disposiciones de la voluntad (tales como toques, impulsos, tendencias...) que puedan aparecer en el interior.

Tipos de locuciones según modo de hacerse presente

Habitualmente, las locuciones se presentan como una noticia para la persona, como algo inaudito y, habitualmente, inesperado (lo que no significa, necesariamente, que fuese desconocido). La persona es sujeto pasivo de dicha locución: se limita a recibirla. Siendo este rasgo común, se pueden distinguir diversos modos de hacerse presente, de venir a nuestra conciencia. Mostraremos, sin ánimo de exhaustividad, algunos de los principales.

Es frecuente -y posiblemente todos tenemos cumplida experiencia de esta modalidad-, el hecho de que la locución consista en la relevancia y fuerza con que se impone al espíritu una frase que se está leyendo, produciendo la impresión que nos está hablando a nosotros en ese momento, de que se nos está diciendo a nosotros. Es como si, más que estarla leyendo, se nos estuviera diciendo a través de nuestra lectura. Esto,

5 Ibid., p. 101.

6 Etimológicamente el verbo 'ausculto' significa escuchar con atención y espiar. Por extensión se aplica, por ejemplo en el ámbito médico, a escuchar en el interior físico, escuchar lo oculto. De este modo, nosotros lo tomaremos como escucha atenta del interior.

que puede suceder leyendo cualquier texto, ocurre de modo especial con las Sagradas Escrituras en el caso de los creyentes. En todo caso, se descubre 'un mensaje', y un sentido tan particular e inédito que nunca antes, aunque se hubiese leído dicha frase mil veces, lo hubiese entendido ni afectado así. Lo mismo puede ocurrir escuchando a alguien: cierta frase no sólo resuena fuera sino que suena dentro como si se nos estuviese diciendo íntimamente, personalmente, exclusivamente, y que se aviene de modo extraordinario a la propia situación. Es esta otra vía de manifestación de una locución interna. Puede ocurrir escuchando una conferencia o conversando con un amigo. Por supuesto, ni conferenciante ni amigo dijeron la frase con intención de 'hacer diana' en nosotros, sino como parte de su discurso e ignorantes del efecto que causa en nosotros.

Otro tipo de locuciones espirituales son aquellas en las que, con ocasión de un estado de meditación y recogimiento de la persona, y basado en su propio ejercicio discursivo íntimo, surgen ciertos conceptos, ciertas relaciones de conceptos o ciertos razonamientos que se presentan como especialmente significativas para quien las piensa. A partir de la creatividad natural de la persona surgen ciertas ideas inéditas o sugerencias que se presentan como clave para el momento biográfico de la persona y le aportan una especial lucidez sobre sí mismas. Surgen con apariencia espontánea, pero se presentan como especialmente significativas o como meras sugerencias. La misma persona se queda asombrada del hallazgo, de la reflexión novedosa, por parte de lo notificado. La sensación es semejante a la del creador artístico, por ejemplo, a la del músico cuando crea o interpreta: algo ocurre en él, a través de él, como si fuese otro en él. En definitiva, en este caso el sujeto mismo es instrumento para su locución a través de su actividad lingüística y conceptual creativa. Por supuesto, hace falta cierta finura espiritual para discernir la diferencia entre este tipo de locuciones de lo que supone el diálogo interior que, de modo habitual, mantenemos con nosotros mismos o con el mero meditar interior. Las diferencias entre ambos casos radican en la fuerza de imposición y en la cualidad de alteridad de la locución respecto del mero decirse interno.

Otro caso distinto es cuando la locución se impone, inopinada y sorpresivamente, estando en estado meditativo o no, como proveniente de otro. En este caso, el sujeto no pone nada de sí mismo, se descubre sorprendido por semejante voz, por semejante propuesta. Se pueden presentar como pequeños discursos o como meros conceptos, como una respuesta que la persona buscaba -y que incluso formuló- o como una novedad absoluta. Incluso puede ocurrir que la persona dialogue con esta voz, le pregunte, incluso en medio de

la sorpresa⁷. Aunque habitualmente puede expresarse relativamente mediante palabras y así comunicarlo a otros, la persona siempre se da cuenta de que lo notificado en la locución desborda el alcance y posibilidad de las palabras con que quiere expresarlo.

Estas locuciones pueden presentarse acompañadas o no de un fuerte impacto emocional. En todo caso, se presentan con la certeza de que se ha escuchado dicha alocución -o una cadena de ellas- dentro de la persona pero proveniente de otro que ella. La certeza con la que se presenta es absoluta.

En algunos casos, la locución realiza aquello que propone o anuncia. A este último tipo es al que San Juan de la Cruz denomina 'palabras substanciales'⁸. Así ocurre por ejemplo, cuando la locución dice 'No temas' y simultáneamente se siente una profunda paz y confianza. Pueden, por tanto, traer luz sobre el momento biográfico, sobre un conflicto, o bien suponer por sí mismo un punto de inflexión que viene dado 'por gracia'.

Existen ciertas locuciones que se le ofrecen a alguien particular no como un mensaje sólo para él sino para su difusión. Así ocurre con las locuciones que muestran una verdad de algo que fue, es o será: son propias del espíritu de profecía. Estas, pueden manifestar un secreto, misterio o mensaje no sólo para el que recibe la locución, sino para otros muchos. Se presenta dicha locución como para ser comunicada a otros, como un mensaje para otros. El sujeto de la locución se presenta, pues, como instrumento para que dicho mensaje o revelación se manifieste a otros. Por supuesto que estas revelaciones pueden no tener lugar a través de locuciones sino a través de imágenes, señales, etc. Pero también a través de locuciones, que es lo que nos interesa mostrar en este momento.

Diversos orígenes de las voces interiores

Las diversas voces interiores no sólo se presentan en varias modalidades sino como provenientes de múltiples fuentes. También conviene distinguir -a la hora de valorar lo que nos dice la locución- cuál es su origen. No todos los tipos de locución se dan en todas las fuentes. Algunos tipos de locución se dan sólo si el origen es de cierto tipo. De este modo, podemos distinguir, al menos, las siguientes fuentes de locución:

7 Ejemplos: Moisés en Éxodo 3-4; Vallejo Nájera en Medjugorje; Gabrielle Bossis en *El yo*; o Faustina Kowalska en su *Diario*.

8 San Juan de la Cruz: *Subida del monte Carmelo*. Libro II, cap. 31.

a. La voz de lo real, que es tanto como escuchar la conciencia. Lo real tiene relieve, se presenta como más o menos valioso, como más o menos importante y, de este modo, como teniendo un determinado orden. Este orden de lo real se comunica a la persona a través de la conciencia (moral) que es la voz del orden de lo real en mí. En cuanto tal voz habla invitando a realizar acciones, frenando otras, prohibiendo, culpando, etc., en función del orden que percibe. En general, la conciencia consiste en la capacidad de la persona de darse cuenta de que algo le está presente (incluida ella misma). Es, por tanto, un carácter o propiedad que poseen algunos de los actos que la persona lleva a cabo y consisten en hacer presente un objeto. Pero este darse cuenta de sí mismo implica que la conciencia es una instancia en la que se revela el interior del ser humano. Por eso, esta capacidad de darse cuenta ha sido percibida como la capacidad de entender, de conocer y, sobre todo, de saber respecto de la dimensión moral de la persona y su actuación. Por ella, la persona decide, juzga, aprueba o desaprueba una opción o acción, en función de su rectitud o adecuación. Pero la conciencia no sólo se da cuenta y conoce, sino que es la primera instancia que, de modo inmediato, por locuciones interiores, muestra la calidad moral de una acción, situación o posibilidad. En ese sentido se habla de la 'voz de la conciencia'. En cuanto centro y sede de pensamientos, sentimientos y decisiones, el término conciencia sería sinónimo de corazón, esto es, el núcleo más profundo de la persona.

b. La voz de la sociedad. La persona también escucha en su interior otras voces que no son sino manifestación de lo que ha introyectado en su proceso de socialización (lo que en términos psicoanalíticos se ha llamado la voz del 'superyo'). Se escuchan todas las formas de pensar, sentir y actuar que hemos aprendido -de modo inconsciente- y que, siendo extrañas en su origen, las sentimos como nuestras. Dado que han sido aprendidas de las personas más significantes en términos afectivos y en un contexto de fuerte identificación afectiva, esta cosmovisión y axiovisión, nos parecen 'la realidad' y nos invitan, hablan y orientan como si fuésemos nosotros. Pero podemos descubrir que no son yo e, incluso, llegar a tomar distancia de estas voces que, sobre todo en las sociedades opulentas y neocapitalistas del bienestar, nos proponen algunos modos de vida, acciones y objetivos absolutamente nocivos para el desarrollo de la persona humana (aunque se nos presentan como naturales). Así, son voces que nos llaman al éxito, a luchar contra otros por lo que queremos, a acumular, a gastar, a disfrutar como objetivo vital... Son voces imperativas, seductoras, que no son más que resonancia en nosotros de mandatos sociales que hemos hecho nuestros extraconscientemente.

c. Las voces de la imaginación y del flujo lingüístico, con el que ponemos filtros entre la realidad y nosotros. Es bueno escucharla para poder trascenderla. Es la propia rumia, imaginación lingüística, flujo reflexivo, frecuentemente la fuente de las distorsiones cognitivas.

Esta dimensión ha sido especialmente estudiada por los modelos psicológicos cognitivistas. Una de las nociones clave para los cognitivistas la proporciona Beck: el esquema. Un esquema es una organización estable de las reacciones y experiencias pasadas mediante el lenguaje interno, una estructura cognitiva abstracta fruto de experiencias previas. Estos esquemas son las estructuras desde las que se perciben las experiencias ulteriores. Los esquemas son filtros cognitivos situados entre los Acontecimientos de la vida y las Consecuencias que consisten en creencias (Belief) sobre los acontecimientos. Por tanto, no son los acontecimientos en sí los que producen las consecuencias en la conducta, en los afectos o en el conocimiento. Es la propia valoración personal sobre esos eventos la que produce esas consecuencias que tienen lugar lingüísticamente.

Como muestra Ellis, en su terapia racional-emotiva, la mayor parte de los trastornos psicológicos proceden de la tendencia a utilizar pensamientos irracionales, creencias irracionales, en los esquemas. Si los acontecimientos se interpretan desde esquemas no adecuados a la realidad el resultado es un modo de comportamiento que no responde a la realidad. Lo que es común a todas estas ideas irracionales -a diferencia de otras locuciones- es que no aceptan la realidad y quieren imponer el deseo o visión del sujeto a la realidad, pretenden ser sustitutos de la realidad, plegar la realidad a los deseos o intereses o temores del sujeto⁹.

9 Algunas de las principales *creencias irracionales* que fluyen, a veces obsesivamente, como flujo lingüístico interno, son las siguientes: "Todos me deben querer, las personas que me importan me deben tener afecto; todo lo que hago debo hacerlo perfectamente; tengo que tener éxito y no cometer errores; debo cumplir con lo que los demás quieren de mí; tengo que conseguir fácilmente lo que quiero sin sufrir; todos deben aprobar lo que hago; valgo más si lo que hago es perfecto y agrada a todos; todos y todo lo que me hiere es malo; mi pasado determinará mi futuro, mi comportamiento y sentimientos; no tengo capacidad para evitar los sucesos que me hacen infeliz; para ser feliz basta con disfrutar de mi vida sin comprometerme con nada, sin acción; compensa huir ante las dificultades y responsabilidades en vez de enfrentarse a ellas y asumirlas; todo debe estar ordenado y previsto para poder estar bien; no puedo soportarlo; no tengo por qué sufrir o soportar malestar nunca; esta persona (yo, otro) es mala (inútil, incapaz, etc.) porque no hace (hago) lo que debe o ha hecho esto mal".

La terapia cognitiva¹⁰ ha mostrado cómo en muchos casos, mediante el diálogo interno, mediante el hablarse a sí mismo (Ellis) o mediante pensamientos automáticos (Beck), la persona tiende a interpretar la realidad de modo no realista, sustituye la percepción de la realidad por su propio fluir de pensamiento, por su propia interpretación, como si fuesen hechos reales, desencadenando sentimientos no ya la realidad sino lo que se interpreta que es lo real. Estas distorsiones actúan como lentes que filtran y colorean, deforman o transforman el hecho real.

d. Las voces satánicas, que son las que me acusan internamente, las que me instan a la desesperanza, las que muestran o sugieren mi fracaso como definitivo, mi limitación como absoluta, mi futuro como cerrado. Otras veces, las voces satánicas son voces dolosas, que buscan el engaño, que se presentan como de origen divino y, al contrario, se orientan a la propia destrucción o envilecimiento. Muchos de los mayores místicos y expertos en oración han subrayado que no es difícil confundir las voces satánicas con voces de origen divino. La diferencia está en que las locuciones satánicas, por muy 'disfrazadas que estén', siempre dejan una gran falta de paz interior, sequedad, curvatura del corazón sobre sí y soberbia.

Estas voces pueden presentarse de modo abrupto, como sugerencia seductora, sin ninguna preparación por parte del sujeto, o surgir en el contexto del propio flujo de diálogo interior de la persona, orientándose dicha creatividad autodialógica a ciertas sugerencias que inclinan hacia el orgullo, el desorden interior, y traen consigo falta de paz. Es, por otra parte, una voz que invade, aliena. No obstante, ciertas personas -líderes de sectas, por ejemplo- pretenden y afirman que dichas locuciones -frecuentemente destructivas o contrarias a la dignidad de las personas- son de origen divino.

Las llamadas. Con frecuencia, ciertos acontecimientos, ciertas cualidades, y ciertas voces se presentan como llamadas a determinada orientación de la acción, a cierta orientación de la vida, a desarrollar la propia persona por cierto camino. Esta experiencia, que es universal y no exclusiva de los creyentes, es la que tenemos las personas cuando 'sentimos' que algo nos llama, que determinada acción u opción son las adecuadas para nosotros, la que más sentido nos van a ofrecer. A veces somos movidos por una persona significativa que nos dice algo sobre nosotros. O a partir de la propia experiencia de vida. Otras veces vemos que un hecho no

simplemente pasa sino que 'nos' pasa y, por ello, se convierte en acontecimiento apelante. Pero en todos esos casos sentimos que somos llamados. A veces son llamadas parciales. Pero otras veces se imponen con claridad y abarcan toda la vida¹¹.

A medida que la persona va madurando, desde sus propias cualidades y circunstancia, cada persona se descubre llamada a realizarse, a hacer cada vez más pleno aquello que está llamada a ser. Cada una está llamada a recorrer su propio camino. No sirve imitar el de otros, porque cada ser humano es una realidad radicalmente nueva y distinta en el mundo: la llamada es la forma en que se concreta para cada uno la llamada a ser plenamente persona. Por eso, la vocación personal es fuente de sentido, orientadora de la biografía personal, pues por ella la persona se descubre a sí misma, como alguien que está llamado a mucho más que simplemente mantenerse en la existencia: se descubre llamada a actualizar y perfeccionar todo lo que es. El modo concreto por el cuál descubre que puede ir perfeccionándose constituye, si quiere, la ley de su obrar, su canon biográfico. Es la llamada la manera concreta en que la persona está llamada a tomar posesión de sí allí donde se encuentra.

La llamada es locución interior y apela a unificar la propia vida y darla-de-sí en una dirección determinada. Por eso, es la llamada personal la que marca la propia identidad.

La cuestión de la llamada y de quién voca siempre ha sido un problema poco abordado. Será, como afirma Heidegger, porque "el vocador de la vocación mantiene lejos de sí todo darse a conocer. El vocador quiere ser oído sólo en cuanto tal"¹². Y la voz que llama me interpela por ella misma, sin estar revestida de ninguna autoridad: no hay un rostro nítido tras la llamada. Al habla le es inherente aquello sobre lo que habla, es una llamada que, viniendo de mí se dirige a mí. Es, por tanto, una voz inmanente al ser humano, pero que lo trasciende. Lo que hay en mí me convoca a mí a ser quien estoy llamado a ser. Por ello, "la vocación viene de mí y sin embargo sobre mí"¹³. No obstante, se siente objetivamente. Por ello, no soy yo quien me llamo. Soy llamado desde mí, pero no soy yo.

En realidad, para quien sabe escuchar, descubre que todo llama. Toda la realidad es elocuente. Llama la situación en la que estamos en cuanto portadora de

10 Mahoney, M.: *Cognitive behavior modification*. Ballinger Publishing, Cambridge, Massachusetts 1974; Ellis, A.: *Razón y emoción en psicoterapia*. Ed. Desclée de Brouwer, Bilbao 1980; Beck, A.: *Cognitive therapy of personality disorders*. Gilford Press, New York 1990.

11 Cfr. Domínguez Prieto, X. M.: *Llamada y proyecto de vida*. Ed. PPC, Madrid 2007.

12 Heidegger, M.: *Ser y tiempo* § 57.

13 Ibid.

valores (un valor es una llamada a su realización o defensa). Nos puede llamar la realidad en nosotros. Es la voz de la conciencia. Pero otras veces, es voz que se sabe interior, pero no propia: el caso del daimon de Sócrates. Siempre es voz interior, pero hay que discernir si es voz interior o voz en el interior. ¿Es mi propia voz? Para Landsberg, esta voz es "oído interior que espía la voz de nuestra vocación. Para el cristiano, es la voz de Dios. Para el increyente, esta voz existe también y difícilmente pierde su acento de autoridad"¹⁴. Y si el que llama, en última instancia y a través de las mediaciones que fuere, fuese Otro no eliminaría el que tuviese que alcanzarme valiéndose de los acontecimientos o de las personas. Incluso una llamada directa es mediante las palabras. Por tanto, habitualmente, el horizonte de ultimidad no elimina las mediaciones, sino que las exige.

Buber, filósofo personalista, ha entendido por su parte que la vocación siempre remite a Uno que llama. La llamada la siente todo ser humano, pero sólo desde la perspectiva religiosa se puede percibir que la llamada procede de alguien que llama. En su obra *El camino del ser humano* según la tradición hasídica¹⁵ lleva a cabo uno de los más bellos análisis de la vocación de la persona.

Comienza su estudio sobre la vocación a partir de una locución apelante: la que le hace Dios a Adán: "¿Dónde estás tú?" Pero, en realidad, ésta es una pregunta esencial hecha a todo hombre, a lo más profundo de su corazón: ¿Dónde estás tú respecto de tu vocación? ¿Qué estás haciendo con tu vida? Se trata de una pregunta que apela a la responsabilidad personal. Adán se esconde. Pero el camino del ser humano sólo puede empezar cuando, en vez de esconderse, la persona responde a su llamada, a quien está llamado a ser.

En segundo lugar, afirma Buber que cada uno tiene su llamada y su camino particulares. No sirve el de otros. Por esta vocación cada persona entra y realiza una situación nueva en el mundo, algo no dado todavía. Desde este camino particular cada persona afronta su vida y su relación con el mundo.

Las voces sobrenaturales. Como hemos visto con Buber, la llamada remite siempre a Alguien que llama. Toda llamada, en el fondo, es mediación de la Llamada de Otro cuyas mociones me iluminan sobre mi propio camino y cuya voz me revela mi propio nombre. De Dios llega la palabra, no la imagen: "Entonces el Señor os habló de en medio del fuego. Vosotros oíais la voz de

sus palabras, pero no veáis figura alguna, sino tan solo una voz"¹⁶. En este caso, a diferencia de los anteriores, la voz remite a una Persona, a la presencia de una Persona. Son locuciones que remiten a Alguien que se siente presente y, frecuentemente, de cuya presencia no se puede dudar: se impone con nítida certeza. Otras veces, sin ser sentido de modo directo, existe el convencimiento de haber sido visitado. En todo caso, es presencia que se oculta, que no muestra su rostro, nunca conceptualizable ni objetivable. Pero presencia que se impone. Y lo hace de tal modo que se experimenta un sanador descentramiento: el centro deja de estar en el yo para estar en la locución y en la presencia locutiva.

Decíamos que la voz y la presencia se imponen como siendo otros respecto de la persona, pero no imposición en el sentido de alienación, sino en el sentido en el que un objeto se impone ante el sujeto: se hace presente algo como siendo otro. Sin embargo, la presencia deja ser respetuosamente a la persona, y la locución, que puede invitar o sugerir, nunca impone, arrastra o seduce.

Cuando la presencia se siente como cierta, acompañan sentimientos de paz y alegría profundas. Por otra parte, aunque la recepción de la locución es pasiva por parte de la persona, invita al diálogo con Aquel de quien procede, por lo que suele ser ocasión para la oración.

Por supuesto, hay que tener mucha cautela en no dar por voz revelada, sin más, lo que interpretamos como voz de origen trascendente y sobrenatural. Ante todo, por la dificultad para interpretarlas uno mismo de modo adecuado. Frecuentemente, la voz necesita una interpretación adecuada¹⁷. Tomar las voces literalmente, como conteniendo una verdad absoluta, una revelación absoluta puede ser, incluso, signo psicopatológico.

En el caso de estas locuciones de origen sobrenatural, hay que subrayar que suelen estar asociadas a otras cualidades de las que carecen o no son tan claras en las otras modalidades.

En primer lugar, algunas veces estas locuciones se dan en forma de diálogo. Pero no de auto-diálogo sino como respuesta al logos proveniente de otro. En todo caso, nunca es la persona la que lleva la iniciativa. Por otra parte, la persona se sorprende de lo que ocurre en ella en este diálogo, de lo que le es mostrado, y la saca de sí, la coloca estando en sí y fuera de sí a la vez (ex - tasis) cosa que no ocurre en el auto-diálogo,

14 Landsberg, J. P.: "El sentido de la acción" en *Problemas del personalismo*. Fundación Mounier, Madrid 2006, p. 76.

15 Buber, M.: *El camino del ser humano y otros escritos*. Fundación Mounier, Madrid 2004.

16 Dt 4, 12.

17 Cfr. San Juan de la Cruz: *Subida al Monte Carmelo*, Libro II, cap. 19, 5ss.

en el que la persona está cerrada en sí (y, frecuentemente, absorbe de cualquier otra realidad que no sea ella misma y sus pensamientos).

Otra cualidad de las locuciones que se presentan como sobrenaturales -y de modo semejante al caso de la llamada-, es que la locución se presenta como afectando a la persona entera. No es un mensaje que implique sólo la inteligencia o sólo lo afectivo, sino que se recibe en lo más profundo, en el corazón, en la dimensión espiritual.

Por último, no es baladí reseñar que no todas estas voces se atribuyen a Dios, sino también a otras personas que, por su santidad, están en Dios y también pueden establecer una comunicación con la persona¹⁸.

Las voces psicóticas. Conviene sobremanera abordar, con la brevedad que exige un trabajo como éste pero con máximo rigor, las diferencias entre las voces interiores y otro tipo de voces de carácter psicopatológico. De no hacerlo así o de no poder hacerse, cualquier voz interior, especialmente las de carácter sobrenatural, deberían estar sistemáticamente bajo sospecha de patología psiquiátrica. ¿Existen diferencias entre una 'moción interior' o una 'locución interior' y una alucinación acústica? Esta es la cuestión que es necesario abordar si se quiere honestamente diferenciar ambos fenómenos.

La fenomenología psiquiátrica distingue entre ilusiones¹⁹ (sensaciones construidas a partir de percepciones reales, añadiendo elementos o transformándolos) y alucinaciones, que son sensaciones que no proceden de la percepción, es decir, de un objeto exterior. Las ilusiones no son signo patológico. No así las alucinaciones, cuya presencia incluso fue tomada hasta no hace mucho tiempo como signo inequívoco de psicosis.

Estas alucinaciones se perciben como corporalmente y no como fruto de la imaginación, aparecen como viniendo del exterior, con detalle y nitidez, independientes de la voluntad, y pueden ser repetidas literalmente²⁰. También están caracterizadas por ausencia

de objeto o estímulo exterior, se vivencian como algo externo al sujeto, el cual está totalmente convencido de su realidad, sin que pueda ejercer un control voluntario para eliminar dicha percepción. Finalmente, el sujeto es consecuente con la experiencia alucinatoria²¹. ¿Dónde se encuentran las diferencias, si es que existen? ¿Existe un 'diagnóstico diferencial'? ¿No serán estas voces sobrenaturales un tipo de fenómeno psicopatológico?

Para llevar a cabo este 'diagnóstico diferencial', debemos centrarnos en la descripción de lo que en psiquiatría se llaman las 'alucinaciones auditivo-verbales'. Antes de nada, habría que descartar como origen de las mismas una intoxicación a causa de una sustancia y otras causas orgánicas o bioquímicas detectables²². Pero, en todo caso, queremos ver si estas alucinaciones auditivas son en esencia las mismas que las locuciones (siendo supuestamente diverso su origen) o son distintas.

Lo que describe la psiquiatría, en primer lugar, es que las alucinaciones auditivas se caracterizan por ser numerosas y seguidas durante horas, días o semanas, acompañadas de incapacidad para distinguir su carácter de irrealidad y de anormalidad psíquica. Por su parte las locuciones suelen ser esporádicas, se distinguen de otras percepciones pues no se reciben psíquicamente sino espiritualmente y se percibe claramente su excepcionalidad y no hay ningún temor a comunicarlas.

Afortunadamente, hay más criterios diferenciales. El primero es que, en el caso de la alucinación, aparece sindrómicamente junto a otros síntomas neuropsiquiátricos propios de la esquizofrenia o la psicosis. Nunca se da una alucinación como síntoma único. En el caso de las locuciones, el sujeto de las mismas podría demostrar su salud psíquica.

Por otro lado, las voces que se escuchan en las alucinaciones suelen comentar los propios pensamientos o dialogan entre sí comentando su conducta, pero frecuentemente insultando, amenazando o mandando algo al sujeto que las recibe. Esto hace que, sistemáticamente se reciban con temor, con sentimiento de pérdida de control, de excitación y desagrado, con efectos de confusión perceptual y cognitivo y da lugar en algunos casos a conductas delirantes²³. Al contrario de las alucinaciones, las locuciones se reciben en paz y produciendo una gran paz y alegría, nunca son voces que comentan sobre el sujeto como observándole sino que se sugieren desde dentro. Salvo en el caso de las voces

18 Así, locuciones de la Virgen o los santos. En todo caso, desde la perspectiva católica, es algo congruente con el dogma de la comunión de los santos.

19 Jaspers distingue entre ilusiones por inatención (algo percibido de modo incompleto por no haberle prestado atención se complementa con lo que añade el sujeto para completar la imagen), ilusiones afectivas (el miedo -u otros afectos- hace que se interprete un cierto percepto de una determinada manera) y las paraeidolias (a partir de impresiones imperfectas la fantasía creadora conforma en cierta manera, como cuando se ven figuras en las rocas o en las nubes). Cfr. Jaspers, K.: *Psicopatología general*. Ed. FCE, México 2006, pp. 76-82.

20 Cfr. Jaspers, K.: Op. cit., pp. 81-82.

21 Cfr. Vallejo Ruiloba, J.: *Introducción a la psicopatología y a la psiquiatría*. Ed. Elsevier Masson, Barcelona 2006, p. 174.

22 Cfr. Vallejo Ruiloba, J.: Op. cit., pp. 177-180.

23 Ibid., pp. 181-182.

satánicas, las demás locuciones nunca son amenazantes, hirientes, insultantes o imperativas. Entonces, ¿cuál sería la diferencia con las satánicas? La diferencia radica en que en las satánicas, la insinuación locucional se produce en un nivel espiritual y no psíquico-perceptivo, mientras que la alucinación se siente como una voz real física. Por otra parte, las voces satánicas no van unidas a otros desarreglos psíquicos (al revés, suelen darse en personas de probada salud psíquica y madurez) mientras que las alucinaciones auditivo-verbales se dan en personas de clara desorganización psíquica. En todo caso, las locuciones dejan libre a la persona mientras que las alucinaciones tienen un efecto de control sobre la libertad, generando delirios que terminan por dominar el ejercicio de la voluntad²⁴. Por otra parte, mientras que las locuciones no alejan a la persona afectivamente de otras, sí ocurre así en las alucinaciones.

Vivir a la escucha, actitud razonable

Las locuciones o voces interiores no son fruto de un esfuerzo interior de meditación, reflexión o imaginación. No es algo que la persona pueda hacer por 'producir'. No es una poiesis sino una pathesis. Por ello, siempre es erróneo interpretar dichas locuciones como una elaboración personal, sino que es algo sobrevenido al sujeto.

En principio, las locuciones suponen una apertura actual a lo que no somos nosotros mismos, una disposición a trascender el yo, a estar atentos a lo real. Suponen una actitud de escucha. La actitud adecuada para ser sensible a las locuciones y voces interiores es la de escuchar. Pero ponerse a la escucha, como actitud en un momento determinado y como actitud vital, no significa tener que escuchar algo. La escucha no puede forzar la aparición de lo escuchado. Pero se hace atenta y sensible a su aparición. No recibe más quien escucha, sino que es más sensible a lo que recibe.

La escucha exige, en primer lugar, el silencio. Silencio de uno mismo y apertura activa a lo real, a lo que acontece. El silencio consiste en abrirse y hacer espacio a lo que no soy yo. Supone, por ello, romper con el ruido, externo pero sobre todo interno. Es un no hacer, no conquistar, no dominar. No es expresión, sino impresión. No es actividad sino pasividad, receptividad.

Estar a la escucha supone acoger lo que se hace presente sin tener pretensiones sobre ello, actuar como mendigo de la realidad, estando abierto a recibir pero

sin tener ningún poder ni derecho sobre lo recibido. Escuchar supone una forma de pasividad respecto de sí mismo y de lo real que se hace presente.

Pero estar a la escucha exige atención. Atender significa advertir cómo son las cosas aquí y ahora y, en segundo lugar, descubrir qué tiene que ver conmigo lo que me está sucediendo. La atención supone tomar conciencia de lo que hay en mí y de lo que se me hace presente, así como de su grado de importancia, su relevancia axiológica. Es, por tanto, estar atento y abierto al aquí y ahora en toda su extensión.

Estar atento exige detenerse, interrumpir el flujo de actividad, la atención a mi acción o a mí mismo para ponerme a disposición de abrirme a lo que no soy yo. Soy capaz de escuchar en la medida en que tengo capacidad de ponerme a distancia de mí y en la medida en que soy capaz de autodescentrarme. Así podré estar abierto al acontecimiento que pueda llegar, al kairós que se me puede regalar en cualquier momento. Supone una apertura a lo inesperado, a lo indefinido, a lo inédito, a lo no calculable, a lo novedoso. Darse cuenta de la locución, por tanto, supone descubrir su novedad cuando llega, tomar conciencia de qué me dice, de qué tiene que ver con mi vida y aceptar lo que me dice.

Es evidente que toda escucha implica espera activa. No se trata de la espera tensa de quien tiene expectativas de que algo ocurra pronto, de quien está aguardando a que algo ocurra porque 'tiene que ocurrir'. Se trata de una espera pasiva, destensada. Se trata de la actitud de quien espera porque ya no descansa en sí mismo, en la propia actividad. Se trata, en cierto modo, de una situación de abandono interior. Supone confianza y soltar amarras a lo inesperado plenificante, implica estar abierto ante lo novedoso, ante lo no calculable.

Aunque esta escucha no supone tensión, supone vigilia, no estar dormido. Dos actitudes básicas de la persona son estar despierto o estar dormido. Estar despierto es ser consciente, volver en sí, ser capaz de vivir desde el propio nombre, saliendo del eclipse de sí mismo en el que se vivía, no estar anestesiado. Despertar es despertar-desde la máscara y despertar-a la propia identidad. Supone tomar conciencia de quiénes somos, ante quién estamos, dónde estamos, qué sucede y qué nos sucede.

Escuchar, por tanto, es salir de la indiferencia, de la vida sin relieve, de la monotonía de lo cotidiano. Quien vive en estado de vigilia descubre relieves y formas en lo real, y descubre que le afectan, que tienen que ver con él. El que escucha, se desinstala, se desacomoda.

24 Ibid., p. 182.

Si la escucha supone estar atentos a lo novedoso, a lo no previsto, a lo que no procede de mí, la persona que está a la escucha ha de ser capaz de salir de sí, de sus esquemas conceptuales previos. Deben quedar des- terradas las actitudes egocéntricas, pues impiden atender a cualquier voz que no sea la propia. Además, esto exige humildad, es decir, renunciar a tener siempre la última palabra. El que escucha ha descubierto que no es la medida de todas las cosas, no es medida de la verdad.

Escuchar una locución, supone en segundo lugar, ser capaz de recibirla como algo que responde a otra lógica distinta a la propia, a otras dimensiones del espíritu no reductibles a la lógica habitual. Escuchar supone, por tanto, no cerrarse en la propia idea. Para ello se ha de escuchar activamente sin juzgar, sin condenar.

Por último, señalemos que la escucha no implica solo una recepción. Supone además abrirse a ser interpelado por ella. No se recibe algo dicho, sino algo que 'me' dice algo a mí. Vivir significa ser interpelado. Y ser interpelado supone dejar 'ser tocado', 'ser visitado'. Y, luego, ser capaz de dar una respuesta, con toda la vida, a eso que me es dicho. Responder no sólo consiste en decir unas palabras ante la presencia del otro: es responder con mi vida actuando. Sólo quien es capaz de decir 'ecce' puede proclamar 'fiat'.

